

La figura del sacerdote en san Agustín

San Agustín nunca pensó en ser sacerdote. Después de recibir las aguas bautismales de manos de san Ambrosio en la vigilia pascual del año 387 (en Milán se seguía el calendario “alejandrino”, por lo tanto se celebró entre el 24 y 25 de abril: *Vita* 1), su único deseo era volver a su tierra natal para establecer ahí una comunidad de monjes, siguiendo los modelos de las comunidades que había conocido en la misma ciudad de Milán y posteriormente en Roma (*mor.* 1, 31, 67). Y este sueño se hizo realidad en el 388, cuando san Agustín –después de la muerte de su madre Mónica acaecida en el 387- pudo volver al norte de África y se estableció con un grupo de amigos en Tagaste en donde fundó un monasterio.

Su único sueño en aquel momento era vivir como monje, o como el mismo san Agustín lo expresa en la carta 10 dirigida a su querido y malogrado amigo Nebrido, utilizando una frase del mundo clásico latino, el sólo quería: “*deificari (...) in otium*” (ep 10, 2). Llenarse de Dios, deificarse en la vida del *otium sanctum*, es decir en la vida de contemplación y alabanza a Dios, trabajo manual e intelectual y vida comunitaria. Sin embargo los planes de Dios no eran los planes de san Agustín.

Un viaje que cambia su vida

A finales del año 390 o a principios del año 391, san Agustín emprende un viaje a Hipona, un viaje que marcará definitivamente su vida y también la vida y la historia del occidente. Su propósito era fundar un nuevo monasterio en esta ciudad marítima (Hipona era el segundo puerto más importante del norte de África en aquel tiempo) y también quería hablar con un amigo (para san Posidio es un *agens in rebus*, un miembro de la policía imperial quien quiere hablar con Agustín: *Vita* 3) a quien quería exhortar a que viviera con él en el monasterio (s. 355, 2).

San Agustín se desplazó a Hipona y se entrevistó con este amigo. Un día estando en Hipona, san Agustín con toda inocencia asistió a la celebración de la Eucaristía. En aquella celebración el obispo de Hipona, el anciano Valerio –de origen griego y de vacilante latín- habló de su situación ante el pueblo de Hipona, diciéndoles a sus fieles que él ya era viejo, que hablaba mal el latín y que necesitaba un presbítero que lo ayudara en la carga pastoral de la diócesis de Hipona (una de las diócesis más grandes del norte de África si no es que la más grande de todas). En

aquel momento los ojos de todos los asistentes a la Eucaristía se posaron sobre san Agustín. Habían oído hablar de él; sabían de su pasado maniqueo, así como de su conversión y de la santidad de su vida. Por ello, el pueblo en aquel momento vio que las expectativas del obispo se cumplían de manera sobrada en san Agustín, por lo que comenzaron a pedir a gritos a Valerio que ordenara a san Agustín como sacerdote. (En época de san Agustín éste era el procedimiento habitual, se elegía a los ministros de Dios por aclamación). De pronto san Agustín se vio rodeado por la multitud y llevado a rastras ante Valerio (s. 355, 2; Vita 4). San Agustín no podía negarse: sería ordenado sacerdote.

Sabemos, porque el mismo san Agustín nos lo cuenta, que él ante la perspectiva que se le presentaba y el cambio tan drástico de planes, pensó huir a vivir en soledad (no sabemos si antes o después de su ordenación sacerdotal), pero las palabras de san Pablo: “Por eso murió Cristo por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquél que murió por ellos” lo detuvieron y lo animaron a aceptar el oficio sacerdotal. (1 Cor 5, 75; Conf. 10, 43, 70).

San Agustín fue ordenado sacerdote muy posiblemente a finales de enero del 391. Es entonces cuando le pide a su obispo Valerio que le conceda un poco de tiempo antes de la Pascua, para prepararse para el ministerio sacerdotal (ep. 21). San Agustín era consciente de la carga tan grande y de la gran responsabilidad que implica el ser sacerdote, por lo que se quiere preparar, sobre todo en el estudio de las Sagradas Escrituras. Por ello en la carta 21 le expresa san Agustín a Valerio esta gran responsabilidad cuando se quiere hacer según los planes de Dios, y de lo apetecible que resulta el ministerio del diácono, del sacerdote o del obispo cuando esto se busca sólo por vanidad y por intereses mundanos. Así dice san Agustín:

“(...) en esta vida, máxime en estos tiempos, nada hay más fácil, más placentero y de mayor aceptación entre los hombres que el ministerio del obispo, presbítero o diácono, si se desempeña por mero cumplimiento y adulación. Pero al mismo tiempo nada hay más torpe, triste y abominable ante Dios que esa conducta. Del mismo modo, nada hay en esta vida, máxime en estos tiempos, más gravoso, pesado y arriesgado que la obligación del obispo, presbítero o diácono; tampoco hay nada más santo ante Dios si se milita en la forma que exige nuestro Emperador (ep. 21, 1)

El tiempo que pedía san Agustín al obispo Valerio antes de Pascua para estudiar la Sagrada Escritura era sólo de dos meses, pues la Pascua del año 391 cayó el 6 de abril. No obstante este tiempo se redujo sólo a un mes, pues a principios de la Cuaresma san Agustín tuvo que comenzar su actuación como sacerdote, ya que Valerio le confió una de sus propias

responsabilidades: la preparación y la catequesis de los neófitos. Así que desde a Cuaresma del año 391 hasta el final de sus días, san Agustín se vio obligado a llevar con alegría la carga sacerdotal y posteriormente la episcopal, la *episcopalis sarcina* (*ep.* 71, 2), como él la llamaba. Un peso que implica una responsabilidad, no tanto un honor (*non est honor sed onus*: s. 301, 7), ya que la *sarcina* era la “mochila” o carga que llevaban los legionarios romanos en sus campañas militares y era en realidad necesaria, pero pesada y estorbosa.

Es preciso decir que san Agustín nunca dejó de ser monje. Aunque recibiera el orden sacerdotal y posteriormente la ordenación episcopal, nunca dejó la vida de monje, ni dejó de fundar monasterios y de vivir – cuando sea obispo- en comunidad con su propio clero (s. 356). Concedor de esto el obispo Valerio le regaló un huerto que era propiedad de la Iglesia de Hipona para que él fundara ahí un monasterio para monjes no sacerdotes (*Vita* 5).

Tres características del ministerio sacerdotal de san Agustín

Las primicias del sacerdocio de san Agustín estuvieron marcadas no sólo por la fundación de una nueva comunidad monástica, sino también en primer lugar, por la brillante exposición del símbolo de la fe que hizo ante los obispos del norte de África reunidos en un sínodo local el año 393 en el *Secretarium* de la basílica de Hipona. Tal fue la impresión que esta exposición agustiniana causó en los obispos, que éstos le pidieron que la pusiera por escrito para poder ellos a su vez llevársela y exponerla a sus fieles. San Agustín sacerdote escribió entonces la obra llamada *De Fide et Symbolo*.

Un segundo elemento a tener en cuenta es su polémica con los herejes. Así el 28 y 29 de agosto –el primero se convertiría posteriormente en el día de su fiesta- del año 392, a petición tanto de los católicos como de los donatistas de Hipona, el presbítero san Agustín se enfrenta al maniqueo Fortunato en las termas de Sossius, haciendo que Fortunato, al final de la discusión, se reconociera perdedor y posteriormente, avergonzado, abandonara la ciudad. La discusión con este maniqueo está recogida en la obra llamada *Contra Fortunatum*.

Un tercer elemento importante de san Agustín como sacerdote es la predicación al pueblo. En tiempos de san Agustín esto era una labor propia del obispo. Sin embargo Valerio delegó esta función en san Agustín, no sólo porque el mismo Valerio fuera de un latín vacilante, sino también porque san Agustín era rétor profesional y un verdadero maestro de la oratoria. Así pues, una de las funciones que acompañarán el ministerio pastoral de san Agustín, será la predicación al pueblo. Predicará tanto como sacerdote, como también cuando sea obispo. Una predicación que

era generalmente una explicación de la palabra de Dios, ya que la teología agustiniana no es otra cosa que una explicitación de la doctrina bíblica.

En su predicación como buen pastor se sabrá adaptar a sus oyentes, asumiendo un tono y un vocabulario culto cuando se encuentra ante personas de un cierto nivel cultural, o bien un tono sencillo y llano cuando predica al pueblo sencillo. San Agustín, según nos dicen algunos especialistas, particularmente Verbraken y Drobner, predicaba todos los días y en ocasiones, cuando ya sea obispo, hasta dos veces en el mismo día, e incluso fuera de la celebración de la eucaristía. Tal era la importancia que san Agustín le confería a la predicación de la palabra. Por ello san Agustín recomienda a todos los que tienen que predicar la palabra, que sean ‘orantes’, antes de ser ‘oradores’, es decir que oren y se pongan en la presencia de Dios, antes de abrir los labios para exponer la palabra de vida al pueblo de Dios. (*Orator antequam dictor : De doctrina christiana 4, 32*)

Y su predicación era una ocupación notoria y llamativa que realizaría hasta el último momento de su vida. Su primer biógrafo, san Posidio lo recuerda y lo describe de la siguiente manera:

Hasta su postrera enfermedad predicó ininterrumpidamente la palabra de Dios en la iglesia con fortaleza y alegría, con mente lúcida y sano consejo. (Vita Augustini, 31)

Y junto con la predicación, la celebración cotidiana de la eucaristía. Algo poco usual en la Iglesia del tiempo de san Agustín. Si bien es verdad que cada región tenía sus costumbres, nosotros sabemos por los sermones agustinianos, sobre todo por el sermón 227, que la eucaristía se celebraba cotidianamente en Hipona, pues se habla de recibir el cuerpo de Cristo “todos los días”. Así pues, san Agustín presbiterio celebraba la eucaristía para sus fieles todos los días, reconociendo la necesidad que tanto los fieles como los pastores tienen del sacramento que da la vida: “*De ella vivimos también nosotros, puesto que somos consiervos vuestros*” (s. 229 E, 4)

En vista de estas dos funciones, que vertebran la vida y el ministerio del presbítero, san Agustín definirá al sacerdote como el *dispensator verbi et sacramenti* (c. litt. Pet. 3, 67), el ministro, el administrador que sirve en nombre de Dios a sus hermanos, la misma palabra de Dios y los sacramentos, de manera particularísima el sacramento de la Eucaristía.

San Agustín obispo

El día en el que san Agustín fue arrastrado por el pueblo ante Valerio para pedirle que lo ordenara sacerdote en el lejano año 391, san Agustín lloraba. Alguna persona para consolarlo, e interpretando sus lágrimas como si él estuviese triste porque en realidad lo que deseaba era algo mejor, le dijo que: “aunque era digno de mayor honra, con todo, el grado de presbítero era próximo al episcopado” (Vita 4). Y entonces san Agustín lloraba todavía con mayor desconsuelo. Y estas palabras fueron proféticas, ya que san Agustín recibe la ordenación episcopal entre mayo del 395 –con la última actuación registrada de san Agustín como presbítero en la famosa fiesta de la *Laetitia*-, y el 28 de agosto (¡una vez más 28 de agosto!) del 396 en el que en la lista de obispos presentes para la conferencia o sínodo de Cartago, se menciona como obispo de Hipona a san Agustín.

Como obispo, san Agustín procurará vivir como un buen pastor (s. 46), sirviendo con generosidad y alegría (*cat. rud.* 4) a la Iglesia y siendo el dispensador fiel de la palabra y de los sacramentos de Dios a su pueblo.

*Para san Agustín el buen pastor, el buen sacerdote u obispo, es aquel que a imitación de Cristo, da la vida por las ovejas que le han sido confiadas, que no busca sus propios intereses, sino los de Cristo (s. 46, 3).

El buen pastor es el que reconoce que es un simple servidor (“siervo de los siervos de Dios” (*ep.* 217, 1), según la frase agustiniana asumida posteriormente por los Papas), que lo que administra y entrega a sus hermanos no es suyo, por lo que no debe sentirse dueño o dominador de lo que le ha sido encomendado (s. 229 E, 4). No es un buen pastor el que maltrata a las ovejas, o el que descuida a las más débiles (s. 46, 9), sino el que tiene siempre en mente su papel de servidor y de humilde instrumento en las manos de Dios (en. Ps. 123, 3).

El buen pastor escruta, profundiza y estudia la palabra de Dios, la medita en su corazón para comprenderla mejor y poderla exponer mejor al pueblo de Dios (*qu.* 5, 23).

El buen pastor procura ser un ejemplo para su rebaño, dando testimonio de una vida recta en Cristo (s. 46, 9), cuidando no sólo la tranquilidad de su conciencia, sino también la buena fama (s. 355, 1).

El buen pastor según san Agustín es el que cuida y busca a las ovejas más débiles y necesitadas de su rebaño y que no se contenta “beber la leche y vestirse con la lana” de las ovejas fuertes, aunque el obrero siempre merezca su salario (s. 46, 30).

El buen pastor es el que gasta generosamente su vida y su tiempo al servicio de la grey que la ha sido encomendada. San Agustín como obispo tendrá que atender durante largas horas de su jornada a la audiencia o tribunal episcopal, labor que lo fatigaba y hastiaba pero que debía realizar por el bien de su grey. (*op. mon.* 29, 37)

El cuidado y la preocupación de los más necesitados, así como la pastoral de la caridad fueron siempre muy importantes para san Agustín tanto como sacerdote, como también después como obispo. Sabemos que en el aniversario de su ordenación, ofrecía una comida no a los potentados y a los poderosos de Hipona sino a los pobres de su ciudad. (s. 339, 4)

Estos mismos pobres son los que dialogan con él de manera cercana y amistosa y san Agustín se vuelve en ocasiones en sus sermones portador de las necesidades de los menos favorecidos (s. 61, 13), exhortando a sus fieles a la caridad. Como parte de lo que hoy llamaríamos la pastoral de la caridad, construyó –gracias a las donaciones del presbítero Leporio (s. 356, 10)- un *xenodochium*, un pequeño albergue o casa para acoger en ella a los peregrinos y a los que por ser transeúntes no tenían un techo donde acogerse (muy posiblemente muchos de los que se albergaban en el *xenodochium* fueran peregrinos que habían venido a orar ante la famosa capilla de san Esteban de la basílica de la Paz de Hipona: ciu. 22, 8).

San Posidio nos recuerda que cuando las arcas de la Iglesia estaban vacías, san Agustín había mandado: “fundir los vasos sagrados para socorrer a los cautivos y otros indigentes (...)” (*Vita* 24).

Como sacerdote y obispo tendrá siempre un gran amor a la Iglesia. Aconseja a los monjes a no anteponer su contemplación a las necesidades de la Iglesia y a estar siempre disponibles para ella (*ep.* 48, 2). Se siente orgulloso de pertenecer a la Iglesia católica (s. 71, 5) y luchará por la unidad dentro de ella en contra de los donatistas (s. 46, 18) y de todos aquellos que querían romper la unidad del cuerpo de Cristo. Insertará la vida monástica no al margen de la Iglesia sino en el corazón de la misma Iglesia, como aquella realidad que adorna y embellece a la misma Iglesia (*en. Ps.* 132, 7). Será muy frecuente su relación con los diversos Papas de su época, particularmente en torno a la cuestión de los pelagianos; sabrá aconsejar y orientar a Inocencio I (*ep.* 175, 1), al diácono Sixto (que será el futuro Papa Sixto III: *ep.* 194), al Papa Zósimo (*ep.* 190, 1).

Pero su radio de acción no se termina en la Iglesia católica. San Agustín, como obispo y pastor, se preocupará también de quienes no son católicos, para llamarlos a formar parte del cuerpo de Cristo y llevará a cabo una interesante labor que hoy llamaríamos “ecuménica”, particularmente con los judíos, no sólo a través de su obra *Adversus Iudaeos* -(que es preciso leer dentro del género literario que lleva el mismo nombre dentro de los autores patrísticos de la época), que es una invitación a reconocer a Cristo como Mesías-, sino también en la carta 8* en donde san Agustín defiende al judío Licinio frente al obispo Víctor (*ep.* 8 *, Divjak).

Se acercará también a los paganos, respondiendo a sus burlas de manera culta (*ep.* 17) o intentando encauzar sus buenas intenciones y o

pensamientos a través de los modelos culturales clásicos, valiéndose de ellos para exponer los misterios de Cristo (ep. 137 a Volusiano y su círculo).

Como buen pastor, al llegar al final de su vida y consciente de que: “*cuando mueren los obispos, los ambiciosos y contenciosos suelen turbar a las iglesias (...) (ep. 213, 1)*”, reunió a su pueblo para pedir su consentimiento –como era usual en su época– sobre el presbítero que él había elegido para que fuera su sucesor (el presbítero Heraclio). De esta manera san Agustín se aseguró la continuidad pastoral y evitó los pleitos y divisiones cuando él ya no estuviera presente. Si bien es verdad que él propuso eso, pero Dios tenía dispuestas otras cosas, pues a la muerte de san Agustín el norte de África será ocupado por los vándalos que eran arrianos y la suerte de la Iglesia católica del norte de África iba a volverse sumamente complicada y delicada. San Agustín como buen pastor la dejó dotada para esto, pues de sus monasterios muchos de sus monjes fueron llamados por la Iglesia al ministerio sacerdotal.

Finalmente, la mirada de san Agustín, no puede dirigirse en el tema del sacerdocio a otra persona fuera de Cristo. Él es el sumo y eterno sacerdote (*ciu.* 10, 4), el único y verdadero mediador (*s. Dolbeau* 26), que en la cruz como víctima vencedora (*conf.* 10, 69), se ofreció al Padre por la redención del mundo. El consejo que san Agustín dirige a los religiosos al final del *De sancta Virginitate* vale para todo creyente: “Quede clavado en vuestro corazón el que por vosotros fue clavado en la cruz.” (*vir.* 55, 56)